UNACH

UNIVERSIDAD ADVENTISTA DE CHILE

PROFESORES FRENTE AL CAMBIO: NARRATIVAS DE ADAPTACIÓN Y RESILIENCIA



Compilador: Felipe Retamal
Editora: Yasna Ferrada

Redactores:
Estudiantes de Pedagogía en Educación General Básica
Universidad Adventista de Chile

Agradezco a mi familia que sostuvo este proyecto durante su desarrollo, y a la profesora Elizabeth Pérez, que inspiró la convicción de que cada desafío puede convertirse en una oportunidad de aprendizaje.

Felipe.

Con el mayor de los respetos por la labor docente.

Yasna.

Para todos aquellos futuros docentes que son dirigidos por la vocación.

Constanza.



ISBN:
978-956-425-325-1

PRÓLOGO

Este libro reúne relatos construidos a partir de entrevistas realizadas el 2025 por más de cuarenta estudiantes de primer y segundo año de la carrera de Pedagogía en Educación General Básica de la Universidad Adventista de Chile (UNACH), en el marco de la asignatura *Enseñanza y aprendizaje de la geometría y la medición I*. Se realizaron doce entrevistas a profesores de matemáticas y a una ingeniera que se desempeña como docente en una unidad educativa.

Las historias aquí presentadas son reales. Se redactaron a partir de la conversación entre entrevistadores y entrevistados. La voz en cada capítulo es la de un profesor/a que reconstruye su trayectoria. Todos los relatos comparten una experiencia común: el tránsito desde la Educación Media hacia la Educación Básica, marcado con incertidumbre y preocupación frente a las exigencias del sistema. En cada narración se observan los desafíos profesionales, dinámicas de aula, expectativas, adaptación curricular y redefinición de la identidad docente.

Las ilustraciones que acompañan cada historia fueron elaboradas por Micaela (primer año) y Valentina (segundo año), ambas docentes en formación de la UNACH, siguiendo las orientaciones que las y los entrevistadores les dieron en función de las conversaciones que sostuvieron con los protagonistas.

El objetivo de este libro es documentar cómo vivieron ese proceso de cambio inesperado, cuáles fueron los obstáculos que enfrentaron y de qué manera lograron responder a ellos, porque el cambio no siempre es elegido, pero sí puede ser enfrentado con análisis, colaboración y reconstrucción de sentido profesional.

Para las y los futuros profesores, este libro les invita a reflexionar. Permite identificar patrones, anticipar tensiones y reconocer que el ejercicio docente exige transformaciones continuas. Proponemos atender los matices de la docencia, la complejidad del cambio y a la capacidad de los profesores para reconstruir su práctica en escenarios exigentes. Esa es, finalmente, la contribución más significativa de esta obra: mostrar que la resiliencia es una práctica profesional situada y en permanente construcción.

Esperamos que estas páginas inspiren, consuelen y preparen a quienes tienen en sus manos la maravillosa tarea de enseñar.

Felipe Retamal y Yasna Ferrada
Académicos de la Universidad Adventista de Chile

ÍNDICE

01
Del miedo al descubrimiento.....03

02
Porotos a las matemáticas.....07

03
La parte invisible de enseñar.....12

04
No es más fácil, es diferente.....15

05
También fui mala en matemáticas..... 18

06
Un profesor de verdad 23

07
Reinventarse para enseñar.....27

08
La ecuación de mi vida..... 31

09
Un ukelele y una canción..... 35

10
El profesor que sumaba con calma.....39

11
Una profesora y un desafío.....42

12
Matemáticas que rompen barreras.....45

Capítulo 1

DEL MIEDO AL DESCUBRIMIENTO

Davka y Marializ

Mi nombre es Nicole Serrano, soy licenciada en educación y estudié pedagogía en educación matemática en enseñanza media. Mi interés por esta carrera surgió de una manera muy indirecta. Cuando estaba en el colegio hice los test vocacionales, que orientan sobre en qué área puedes trabajar. En todos me aparecía que debía dedicarme a algo donde pudiera relacionarme con gente. Entre las opciones que tenía pensé en *fonoaudiología*, que en ese tiempo estaba muy de moda. Sin embargo, me iba pésimo en biología, siempre tuve más facilidad para asignaturas como física, química y matemática, y la verdad, yo sentía que la pedagogía no era para mí. Al final, rendí la PSU y no me alcanzó el puntaje para fonoaudiología, me tomé el año e ingresé a un preuniversitario.

Después de conocer ex compañeros que llegaron a fonoaudiología, me di cuenta que no era para mi. Varias personas me dijeron que podría estudiar pedagogía porque se me daba bien, y cuando lo empecé a considerar, un profesor del preuniversitario me aconsejó optar por una pedagogía que tuviera muchas horas para asegurar trabajo. Como matemática era mi fuerte, y me iba bien sin estudiar tanto, dije: “¡Ya, Pedagogía en Matemáticas!”. Y fue ahí, cuando entré a estudiar que me di cuenta que realmente me gustaba enseñar. Me parecía entretenido, desafiante y diferente a lo que imaginaba.

Siempre dije que no quería hacer clases en básica, así que estudié para media, porque me llevo mejor con los adolescentes. Pero cuando buscas trabajo, no tienes la posibilidad de elegir el curso o el grupo al que le vas a dictar clases. Cuando llegué al colegio en el que estoy actualmente -después de la pandemia-, me asignaron una carga horaria que incluía un 5to básico. ¡Nunca antes había trabajado con niños tan pequeños! Mi jefe de UTP me dijo que lo tomara como un desafío, que lo lograría... Al principio fue un cambio brusco, ¡pasar de 3ro medio, 4to medio a un 5to básico fue un salto tremendo! Los niños eran muy pequeños, la materia era muy básica, y sentía que era otro mundo...

Ese 5to básico fue, sin duda, mi mayor desafío. El primer mes fue brutal. Lloraba todos los días pensando en cambiarme de trabajo. Pero con el tiempo aprendí muchas cosas. Me di cuenta que la disposición es clave: "*el éxito de la clase depende mucho de la actitud con que uno se enfrenta al curso*". También entendí la importancia de motivar el gusto por la materia, porque yo quería que los niños estudiaran matemáticas, por interés y no por cumplir con una prueba.

Tuve que adaptar el currículum, aprendí a filtrar contenidos y dar menos énfasis a temas que no serían tan prioritarios más adelante, como la lectura de números grandes. En 5to básico hay casi el triple de objetivos que en educación media, así que fue necesario aprovechar el tiempo con criterio. Además, aprendí a ser autocrítica y a aceptar los comentarios de colegas con más experiencia.

Con el tiempo me di cuenta que las actividades que usaba en educación media no funcionaban con niños pequeños. Las guías estructuradas o el uso del proyector no resultaban. Lo que empecé a hacer fue usar mi iPad, con un adaptador, para escribir en tiempo real mientras resolvíaemos los ejercicios juntos. Para ellos era más fácil hacer los ejercicios por sí mismos. También potencié el trabajo en equipos y competencias grupales, porque los estudiantes tienen mucha energía, y esa energía se puede canalizar positivamente. Timbraba los ejercicios hecho en los cuadernos y les daba décimas para motivarlos a escribir.

Empecé a diseñar actividades lúdicas. Por ejemplo, cuando los chicos pasaron a 6to, para trabajar volumen, área y perímetro, hicimos un proyecto donde los alumnos tenían que construir un robot con cajas de remedios u otras cosas, y calcular las medidas de los cuerpos geométricos. ¡Fue una experiencia increíble!

Cuando vimos fracciones llevamos comida: chocolates, pizzas y panes, ¡hasta un niño trajo una torta para la actividad! esto para que pudieran ver, compartir y escribir las partes que se comían. Desde ese día noté un cambio enorme en la participación de los niños y niñas...

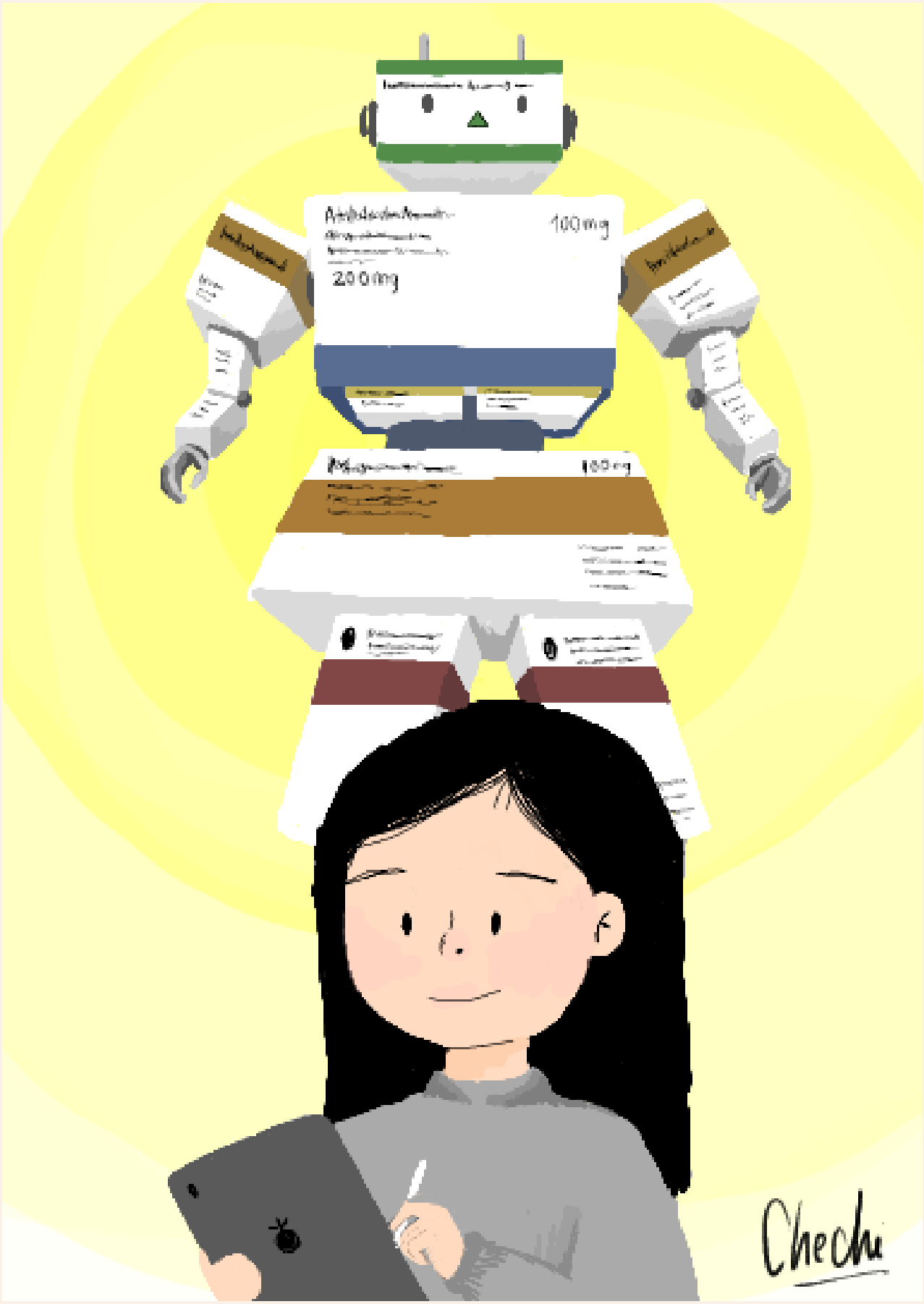
Durante ese proceso, tuve una experiencia que me marcó profundamente. En ese 5to básico, había un estudiante con diagnóstico de necesidades educativas especiales. Era hiperactivo, corría, se subía arriba de las mesas, no se quedaba quieto, no tenía cuaderno y obtenía muy malas notas. Con la ayuda de la educadora diferencial del PIE decidimos adaptar el material a sus requerimientos de aprendizaje. Le hice un cuaderno especial con actividades distintas, donde debía pegar o recortar las respuestas. El resultado fue sorprendente: ¡sabía todo! Pasó de sacar notas dos a obtener cinco, seis e incluso el anhelado siete. Solo necesitaba una forma distinta de aprender. Ese mismo estudiante sigue siendo, hasta hoy, mi experiencia más significativa. Pero no ha sido mi único momento de orgullo.

Me emociona ver el esfuerzo recompensado. Cuando un alumno o alumna con mala actitud logra mejorar su rendimiento o pasar de *un rojo a un azul*... O cuando el curso que fue mi mayor desafío se convirtió en mi grupo favorito. Siempre me decían: "*Profe, qué bueno que tengamos varias horas de matemáticas, ¡qué entretenido!*"

Ahora, durante mi pre y posnatal, fuii a una gala folclórica que realiza el colegio y mis estudiantes me cantaron un "feliz cumpleaños". Me sentí una estrella de cine; fue un gesto precioso que nunca voy a olvidar.

Si tuviera que darle un consejo a otro profesor que pasa por una situación parecida, le diría: *"Vuelve a tu niñez, vuelve a ser niño." Pregúntate,* ***¿cómo te hubiera gustado que te enseñaran?.*** Cuando logras encontrar una metodología en la que puedes jugar con los estudiantes y aprender a la vez, todo resulta mejor. Pero también es esencial la disposición y autocrítica. Si no estás dispuesto/a a probar cosas nuevas o a recibir sugerencias, nada va a resultar.

Estoy muy satisfecha con mi carrera y me encanta lo que hago. He aprendido que enseñar matemáticas no es solo explicar fórmulas o ejercicios, es conectar con los estudiantes, despertar su curiosidad y acompañarlos en el proceso de descubrir que, en realidad, las matemáticas pueden ser divertidas, útiles y emocionantes.



Relato : Marializ Medina y Davka Pavez
Ilustración: Micaela Araya Casanga

Capítulo 2

POROTOS A LAS MATEMÁTICAS

Auda, Ayline, Valentina, Catalina y Martín

Soy Bárbara Acuña ingeniera industrial y siempre he sido una mujer más matemática que humanista. En el 2020, con la crisis económica por el estallido social y comienzo de la pandemia, tuve que asumir el cargo de secretaria de la dirección académica en una empresa de asistencia técnica educativa (ATE). Ahí, un día, mi cerebro explotó, porque comencé a ver y entender cómo funcionaban los establecimientos educacionales por dentro... Me encantó y de esa fascinación partió como ese bichito interno que me decía: "*¿Cómo será hacer clases?*". Me diije, "*tengo una necesidad que no estoy cubriendo*" y de pronto, mi mayor objetivo fue hacer clases particulares. Dar clases no fue difícil, pero sí lo fue ver y aceptar el panorama real de los niños y niñas. En una oportunidad un estudiante de tercero medio a quien atendía para reforzamiento, me dijo, *"señorita, no sé cómo llegué hasta aquí, yo no sé dividir"...*

En 2021, dije "*ya, me voy a poner a hacer clases formalmente*", y de casualidad llegué a Bulnes a trabajar como profesora de matemáticas en educación media. Sentí que estaba haciendo lo que más me gustaba, enseñar. Pero, al poco tiempo, ocurrió algo inesperado, la directora me dijo, "*sabes, necesitamos cubrir un reemplazo de jefatura de segundo básico*". Tomé el reemplazo como un desafío personal, pero no imaginé como la realidad me golpearía en la cara... Entenderán que de educación media a educación básica hay grandes diferencias. En primero o segundo medio, las y los estudiantes sumaban, restaban, multiplicaban, dividían, pero en educación básica... ¡fue todo muy diferente! En el curso de 40 niños, 20 no sabían leer. Fue fuerte esta realidad, porque dije *"¿Cómo hago una clase sin guías, prácticos, presentaciones PPT?, ¿cómo enseño si no saben leer?"*

Desde el primer día, me di cuenta de que no todos compartían mi amor por las matemáticas. Algunos se sentaban con expresión de fastidio, con el ceño fruncido cada vez que abrían el cuaderno o veían un ejercicio en la pizarra.

Transitar a básica no fue una mala experiencia, pero sí hubo mucha resilencia al principio, para no frustrarme con las diferencias de contexto. Al final, fue algo adaptativo, cómo estructurar, aprender, buscar y preguntar. Hasta el profesor encargado de biblioteca, me decía, "*tienes que hacer esto y esto*" o me facilitaba materiales, tuve bastante apoyo. Mi hermana, que es profesora de educación básica, me decía, "*trata de hacer esto y lo otro"*, por ejemplo, me dio la sugerencia de diseñar guías con hartas imágenes. Los niños y niñas se encantaban con los dibujos, y atendían sus tareas.

En lo pedagógico, el mayor desafío fue la base de matemática. Cuando por fin en primero básico adquieren la base de contar hasta el 10, de descomponer, se viene el desafío en segundo básico de enseñar a sumar y restar. Y ahí te las ingenias, con canje, patrones… y me dije: "no están comprendiendo el algoritmo de la unidad al sumar, pasa a ser una reserva, a una decena, se le suma", ¿cómo lo puedo sintetizar para que el niño, pueda verlo?. Y se me ocurrió la brillante idea -que no sé si ahora es tan brillante-, "mañana me traen porotos, lentejas, garbanzos, lo que tengan", les dije. Ellos separaban sus porotos, los juntaban y los otros los ponían para el otro lado, y la verdad es que funcionó. "¡Bien, lo logramos!", dije, Para el tema de la resta ocurrió lo mismo: "*que le pedíamos al vecino, que él daba y no, y ahí entró otro, otro dilema… no era chistoso porque terminaba la jornada y los porotos andaban por el suelo*".

Recuerdo a un alumno, él se frustraba demasiado. Entonces, le dije, "*Pero Lucas, ¿qué te pasa?"*. Él lloraba y me decía, *"Es que no entiendo, no entiendo nada", "No entiendo por qué se sube, la decena y la…".*
Un día él me manifiesto "*¿Se puede quedar en el recreo para practicar*?" Me quedé en el recreo con él, los 15 minutos. Al final, se fue feliz porque realmente entendió cómo era la resta y la suma.

Cuando terminó el año, hubo incendios acá en Ñuble, y yo tenía planificado como último día que hiciéramos clase de yoga, y no se pudo porque había demasiado humo en el sector. Entonces, hicimos videollamada, y ahí estaban los chicos/as con sus mantas, una lona, felices… fue el último día. Les dije con incertidumbre: "*los veré el próximo año*", y se desconectaron.

Y claro, pasó el otro año, volví de nuevo, los chicos estaban contentos, los apoderados también. Y en realidad lo bonito, más allá que los chicos aprendan a sumar y restar, es el hecho de transmitirles constancia, espíritu de superación, ganas de hacer las cosas.

Pero,, tercero básico era más complejo que segundo. Les costaba mucho. Le preguntaba al profesor de octavo, "¿Qué tienen que aprender para que pasen de curso?", ellos vivieron la pandemia con clases online y tenían muchos vacíos de conocimiento. No sabían multiplicar, dividir o restar bien, ni sumar, a veces se les olvidaba sumar la reserva. De cuarenta estudiantes, treinta tenían rojos.

Entonces, lo tomé como una meta propia, lograr que mejoraran el rendimiento. Hicimos remediales, nivelación, pruebas formativas, más nivelación... ¡Cómo olvidarlo, en la última evaluación, que fue de porcentaje, no hubo ningún rojo!. ¡Ah, qué bueno!... “ven que pueden", Hasta la niña que le iba peor tuvo un 4.2 y sin bajar escalas ni facilitar contenidos. Declaré: ¡"Bien, se logró, se puede"! ”*Eso es gratificante, te hace sentir bien, porque contribuyes a otros y no estás haciendo mal tu pega*".

Sin embargo, dejé el curso justo a la mitad de tercer año. Fue decisión de la sostenedora, y la verdad es que me dio mucha pena, por esa unión que logramos crear con apoderados, con los cursos, en general. Se vino abajo todo,, realmente terminó súper mal ese año el curso, no académicamente, sino legalmente, súper mal, peleados, algunos niños se retiraron. ¿y cómo pasó esto, si yo cuando dejé el curso estaba todo en orden? Todo puede cambiar así de rápido. Y es complejo, porque por más que tú planifiques muy bonito, muy correcto, a veces, simplemente son otros factores los que impiden que lo que quieres se logre y hay que aprender a aceptar también eso, no puedes resolverlo todo.

He seguido haciendo clases, y no es facil hoy en día mantener la atención de los niños. Hay demasiados estímulos, sobre todo tecnológicos, además de las dinámicas de convivencia. Ahora los niños hasta se muerden, llega un punto en donde la clase planificada no la puedes hacer simplemente. . .

Créanme que me he quedado hasta disfónica, pidiendo silencio y atención. Pero aquí sigo, porque la recompensa siempre es mayor…

¿Cuál es la clave para conseguir la atención de los y las estudiantes?

Es una buena noticia, puedes conseguirlo, llega un punto en que los chicos y chicas trabajan solos, hacen sus guía completas. Recomiendo siempre material audiovisual, un video, una guía con dibujos, aunque sea una sopa de letras o un crucigrama. Los juegos le gustan a los niños, la infancia es así, lúdica y así les gusta aprender. Es más, ni siquiera solo en educación básica, te estoy hablando también en tercero, cuarto medio. En cualquier curso el que termina primero tiene un sticker, y todos van por su sticker.

Si quieren un consejo, les recomiendo que cuando entren al aula por primera vez, establezcan las reglas y sean tajantes, No se trata de ser pesado o pesada, sino de decirles: “estudiantes,, a mí no me gustan tales cosas… , necesito que guarden silencio”. Es cierto, las primeras veces cuesta, pero si comunicas con claridad, sabes escuchar a los estudiantes, todo fluye. Esta generación no escribe mucho, pero le encanta conversar, opinan, tienen argumentos, pero también le gustan los chismes,…

Cuando parto con un curso por primera vez, le cuento que no soy profesora de profesión, pero soy docente por convicción. Les pregunto si tienen mascotas, cuál es su hobby, trato de empatizar. A la hora de hacer clases, me preocupo de que todos estén en condiciones de aprender. Les recomiendo manejar el DUA al revés y al derecho, les va a ayudar muchísimo, ya sea que trabajen con niños o niñas con necesidades educativas especiales o no.

Tú logras llevarte un aprendizaje de tus estudiantes y también ellos llevarán algo de ti. A veces vivirás situaciones ingratas, quizá te sientas pasado a llevar o te frustrarás porque por mucho que haces todo lo posible no se ve la recompensa. Quizá tengas grandes planes, te entusiasmes con un proyecto para realizar con los estudiantes, y te dicen, no hay plata para financiarlo. y vas a terminar sacando de tu bolsillo… pero cada día es una aventura, siempre vas a lograr algo y al final el saldo va a ser a favor.



Relato : Auda Bustamante, Catalina Larrea, Ayline Jara, Martín Ortíz y Valentina Rodríguez.
Ilustración: Valentina Rodríguez

Capítulo 3

LA PARTE INVISIBLE DE ENSEÑAR

Katherine y Florencia

Hola, mi nombre es Juan Pablo Plaza. Creo que lo que me motivó a convertirme en profesor de matemáticas, fue que cuando estaba en la enseñanza media tuve una profesora de matemáticas con la que aprendí muy bien. Me dio la confianza de saber que era capaz de resolver las operaciones y los problemas, y sobre todo de poder enseñar matemáticas a otros.

Estudié la carrera y cuando egresé de la universidad, a las dos semanas me llamaron de un colegio para darme la oportunidad de hacer clases en tercero básico con jefatura. Yo era profesor de media, pero como estaba empezando necesitaba experiencia y también los recursos económicos, así que lo tomé... fue un bonito desafío.

Después, hice clases desde quinto hasta octavo básico. Reconozco que esperaba mayores exigencias, pero cuando estás recién comenzando a veces tienes que aprovechar lo que hay.

Cada colegio es un mundo aparte, y en cada uno encuentras cosas que te transforman, dependiendo de la estructura y funcionamiento. Ahora estoy en el Colegio Adventista, que tiene una misión, un propósito, que va más allá de impartir el contenido, releva la importancia de la fe, y esa visión puede hacer diferente todo tu sistema de trabajo y de relacionarte con los colegas, las familias y los estudiantes. He trabajado en otros colegios en el pasado, que me han otorgado esta perspectiva de la educación. Uno, tenía un perfil que no era cristiano, lo que importaba era el traspaso de conocimientos, resultados académicos y los valores, pero más universales. También, estuve en un colegio que era católico, muy profesional, estructurado y ordenado, todo funcionaba correctamente. En todos logré desplegar mis conocimientos y adaptarme a sus modelos educativos. Es lo invisible de enseñar, lo que no está escrito pero marca vidas.

Como profesor ves distintas realidades y una de las más comunes es encontrarte con estudiantes que no tienen la motivación para estudiar. En todas partes hay niños o niñas así, y es complejo porque la motivación es muy importante en la enseñanza de la matemática. Debes aplicar variadas estrategias para que el estudiante se interese en el estudio, porque gran parte de la matemática requiere de motivación más que de habilidad.

Una de las experiencias en la que he sentido que marqué la diferencia con un estudiante, fue en educación básica, o quizás que resalté un poco más de la rutina convencional de un profesor. Cuando estaba recién comenzando dije: "wow, realmente estoy, así como marcando una diferencia como profesor de matemáticas". Me acuerdo, había una niña pequeña que venía y me decía que era como su papá. Ella tenía problemas en su casa porque su padre no estaba viviendo con ella. Al verme, me decía: "*ojalá que usted fuera mi papá*" Me llegó ese lado paternal, porque sentí el cariño de ella hacia mí, su necesidad de contar con esa figura paterna. Me decía: "*profesor, yo no quiero que se vaya, yo quiero que usted siga*" Para mí fue un punto de inflexión porque ahí ves el impacto que puedes llegar a tener en la vida de alguien. Uno se da cuenta que, por el tiempo que pasas con las y los estudiantes, cumples un rol que a veces va más allá de ser el profesor que enseña una asignatura.

Mi estrategia es ser preocupado, cercano, chistoso. Recuerdo cuando un estudiante se me acercó y me dijo: "*profesor, entendí toda la matemática con usted*". Me sentí satisfecho, y me dieron ganas de saber más, para enseñar mejor. Nunca hay que dejar de aprender en la vida, hay que seguir profundizando estrategias, viendo contenidos, formas de enseñanza. Todo el tiempo van cambiando los métodos, metodologías, los procesos y también los estudiantes.

Si pudiera darle un consejo a otro profesor es que sea constante, que persevere, que no se rinda y que siga adelante con su trabajo. Pueden pasar situaciones estresantes que en algún momento lo sobrepasen, pero tiene que levantarse, buscar estrategias, buscar la forma, y pedir ayuda, a otro colega o a la UTP, todos vivenciamos lo mismo, nos podemos apoyar.



Relato : Katherine Cruz y Florencia Montecinos
Ilustración: Micaela Araya Casanga

Capítulo 4

NO ES MÁS FÁCIL ES DIFERENTE

Miguel y Valentina

Desde pequeña me gustaron las matemáticas. Tuve buenas profesoras que me incentivaron a aprender, y se me daba con facilidad. Lo pasaba bien ayudando a mis compañeros, me gustaba explicarles los ejercicios,. Ese gusto por enseñar nació incluso antes de entrar a la universidad, y fue lo que me llevó, con total seguridad a estudiar pedagogía en matemáticas.

Nunca pensé que terminaría enseñando en educación básica. Mi formación estaba orientada a la educación media, con la idea de trabajar con adolescentes y profundizar en contenidos más complejos. Sin embargo, se me presentó la oportunidad de hacer un reemplazo en segundo ciclo, de quinto a octavo básico, y acepté. Al principio fue un desafío enorme: los niños de básica no comprenden de la misma forma, y tuve que cambiar completamente mi manera de enseñar. Simplificar los contenidos, buscar estrategias más visuales, hablarles con ejemplos cercanos y concretos. Con el tiempo me empezó a gustar la experiencia. Hoy me siento cómoda trabajando en básica.

Lo que me tuvo mucho tiempo preocupada fue lograr captar la atención de mis estudiantes. Me costaba que se concentraran y entendieran mi forma de explicar. Empecé a probar distintas estrategias: usé videos, materiales concretos, ejemplos cotidianos y actividades prácticas. Resulta que cuando los niños pueden relacionar las matemáticas con lo que viven día a día, el aprendizaje se vuelve más significativo. Así nació mi gusto por la didáctica: por enseñar a través del juego, de la experiencia, de lo que ellos ya conocen.

Después de una prueba de diagnóstico al inicio del año, un alumno se puso a llorar porque no había podido resolver la mayoría de los ejercicios. Me acerqué, lo escuché y le dije que lo importante era seguir intentando. Con los papás trabajamos para qye practicara más y se notó el esfuerzo. Al final aprendió los ejercicios que le resultaban tan imposibles de aprender. La motivación es poderosa, un niño con buena disposición siempre aprenderá.

Con los cursos más pequeños tuve que reinventar mi forma de enseñar. Por ejemplo, para explicar las líneas paralelas, usé ejemplos como los cables del tendido eléctrico o las rutas de los aviones. Les pedía que representarán rectas e intersecciones con los brazos o que buscaran en su entorno. Al principio no funcionaba: hablaba y veía que los niños se distraían. Busqué ser más concreta, más visual, más breve. Hicimos pausas activas, dinámicas de atención, juegos. Al final, te das cuenta que enseñar en básica no es más fácil: es distinto, más desafiante en otros sentidos.

También recuerdo a una alumna que siempre escribía sus respuestas con un signo de interrogación rayado. Se notaba su inseguridad. Empecé a decirle que era capaz, que debía creer en sí misma. Los profesores debemos cuidar mucho nuestras palabras, pueden marcar a un niño por mucho tiempo. Incluso cuando yo me equivocaba al resolver algo en la pizarra, no lo ocultaba. Les decía: “A ver, aquí hay un error, ¿quién puede encontrarlo?”. Como profesores debemos reconcoer errores también y convertirlos en lecciones para los niños y niñas, ellos tienen que entender que equivocarse es parte del proceso.

Si pudiera dar un consejo a otros profesores que se enfrenten a un cambio como el mío, les diría que no desaprovechen el cariño de los alumnos más pequeños. Es un cambio radical, sí, pero también una oportunidad hermosa. Hay que disfrutar esa etapa, conocerlos, adaptarse y dejarse enseñar por ellos. Los niños nos devuelven mucho más de lo que imaginamos.

Llevo diez años ejerciendo como profesora, y los últimos cuatro han sido en educación básica. Cuando comencé en enseñanza media tenía apenas 23 años y, a veces, sentía que mis alumnos sabían más que yo. Me preparaba revisando cada ejercicio varias veces antes de mostrarlo. Con los años fui ganando confianza, aprendiendo nuevas metodologías y capacitándome para mejorar. Hoy disfruto mis clases y me siento segura.

En esta profesión no solo enseñas, también aprendes a enseñar, y aprendes de cómo aprenden los demás. Me siento satisfecha con lo que he logrado. Sé que elegí bien.



Relato : Miguel Torrejón y Valentina Curin

Ilustración: Micaela Araya Casanga

Capítulo 5

TAMBIÉN FUI MALA EN MATEMÁTICAS

Micaela y Nardy

Mi nombre es Natalia Carrasco, soy profesora de Matemática y Computación de la Universidad de Concepción. Igual tuve formación en la Universidad del Bío-Bío previamente, en Pedagogía en Matemática. Cuando estudiaba decidí cambiarme de universidad, ya que la distancia me complicaba, yo vivía en Laja y se me hacía más fácil viajar a Concepción que a Chillán.

Desde pequeña, mi relación con las matemáticas tuvo altos y bajos. De primero a cuarto básico me iba siempre bien. En quinto básico empecé a bajar mis notas, aunque me sabía las tablas, porque mi mamá me las enseñó, al revés y al derecho. Esa fue mi salvación, obtenía buenas notas en los test de las tablas de multiplicar y con eso mi calificación final no estaba en rojo. Pero mi promedio era bajo, recuerdo que en octavo básico mi mamá me dio un ultimátum, debía ir al reforzamiento de matemáticas que hacían en el colegio.

Me causó un dilema, le tenía miedo a mi mamá, pero a la profesora le tenía más miedo. Me armé de valentía, hablé con la profesora y le pedí asistir a su reforzamiento. Al principio me dijo que no, porque no tenía promedio rojo, pero al verme llorar me permitió asistir. Esa experiencia marcó un antes y un después. Empecé a ver a la profesora de otra manera, más cercana, amable y comprensiva. Mi percepción sobre la asignatura cambió completamente. Comencé a mejorar mis notas y terminé el año con puros sietes.

En enseñanza media seguí con excelentes resultados y tuve la suerte de encontrar profesores que me guiaron y me ayudaron a enamorarme aún más de la Matemática. Producto de esa relación positiva, decidí estudiar Pedagogía en Matemática. Desde entonces, siempre les digo a mis estudiantes que nada es imposible: aunque uno crea que es malo en algo, con esfuerzo y confianza puede lograrlo. Mi objetivo siempre ha sido que mis estudiantes se enamoren de la asignatura, mostrarles lo bonita que es y ser una profesora cercana, empática y comprensiva.

Mi familia me impulsó hacia la Pedagogía y mi profesora de Matemática fue un gran ejemplo. Ella me pedía ayuda con las pruebas, con fotocopias o incluso para enseñar a mis compañeros. Me mostró lo que era ser docente antes de serlo oficialmente, y eso me encantó. Decidí entonces que esa sería mi vocación.

He trabajado en diferentes lugares: en mi ciudad natal, Laja, en Concepción, en Calama, en Chillán y finalmente en San Nicolás, donde encontré uno de los mayores desafíos de mi carrera. Me pidieron asumir un curso en primer ciclo, con niños pequeños, algo completamente nuevo para mí. Al principio sentí miedo, porque venía de trabajar en enseñanza media, pero me dijeron que era la persona indicada por mi capacidad de empatizar con los estudiantes. Acepté el reto.

Sabía que enseñar a niños pequeños requería una adaptación profunda. Hay cosas que para un profesor de media son obvias, pero para ellos no. Por eso comencé a estudiar y a capacitarme. Me formé en el *método Singapur,* que enseña a partir de lo concreto, simbólico y pictórico, y estudié sobre el desarrollo del cerebro infantil. Comprendí que yo debía ponerme en el lugar de los niños, pensar como ellos, porque ellos no podían ponerse en el mío. Ese cambio de perspectiva fue esencial.

Aun así, tenía miedo. Miedo de hacerlo mal, de enseñar de forma incorrecta y generar una base débil. Porque si se enseña mal a un niño pequeño, ese error puede acompañarle toda la vida. Busqué apoyo en las profesoras de básica, que me guiaron, me dieron consejos, materiales y libros. Aprendí que debía desaprender muchas cosas y volver a aprender desde una nueva mirada.

Gracias a esa colaboración entre colegas, combinamos conocimientos: Yo aportaba lo que los niños necesitan en cursos superiores y ellas me enseñaban cómo abordarlo de manera adecuada en su nivel. Descubrí la importancia del material concreto y visual, algo poco habitual en enseñanza media, y entendí que debía partir desde lo más básico. Bajar de media a básica fue un desafío enorme, pero también una experiencia maravillosa.

Enseñar en educación básica requiere amor, paciencia e inteligencia. No hay nada más gratificante que ver las caritas felices de los niños y niñas, sus abrazos, dibujos y palabras cariñosas. Algunos, claro, son más reservados, pero la mayoría expresa su afecto abiertamente. Incluso cuando crecen y llegan al liceo, todavía me saludan y me abrazan, recordando con cariño los años compartidos. Eso demuestra que, de alguna forma, una deja huella.

He tenido estudiantes que llegan diciendo "*siempre he sido malo en matemáticas*". Yo trabajo para cambiar esa creencia, ayudándolos a fijarse metas alcanzables y celebrando cada avance. Ver cómo recuperan la confianza es una de las mayores recompensas de ser profesora.

En San Nicolás trabajamos por niveles, y yo tomo los grupos con más dificultades. Llegan con la autoestima baja, pero con apoyo, paciencia y fe en ellos mismos logran mejorar. Les cuento mi historia personal, que también fui mala en matemáticas, y eso los motiva profundamente.

También, les enseño que las notas no lo son todo. A veces una mala calificación no refleja el esfuerzo ni el aprendizaje real. Los animo a relajarse y seguir intentándolo.

Mis clases combinan estrategias variadas: organizo la sala para verlos a todos, vínculo los contenidos con su vida cotidiana y hago pausas activas cuando el contenido es denso. Uso videos, material concreto, recortables, dibujos y situaciones reales para mantener el interés y comprensión.

Siempre les explico por qué y para qué estamos aprendiendo algo.

Ha habido momentos difíciles, sobre todo en Calama, donde trabajé en un contexto precario. Fue una experiencia dura, pero me enseñó resiliencia. Probé una y otra vez distintas estrategias hasta lograr que mis estudiantes aprendieran y se motivaran.

Descubrí que enseñar no depende solo del profesor y del estudiante, sino también de la familia. Los apoderados cumplen un rol fundamental, y por

eso siempre he buscado incluirlos, explicarles cómo enseño y pedirles apoyo. En San Nicolás mantengo esa práctica: hago reuniones para que los padres comprendan mi metodología y acompañen mejor a sus hijos.

Recibir mensajes de ex-alumnos, contándome que aplicaron en su vida diaria lo aprendido en mis clases, es una de las cosas más gratificantes que me han pasado. Aunque uno no llegue al 100% de los estudiantes, cada avance cuenta.

En mis clases también fomento el trabajo colaborativo: los niños se explican entre sí, y a veces sus explicaciones son más claras que las mías. En esos momentos siento que mi papel es solo el de una guía que acompaña el aprendizaje.

A lo largo de mi carrera he aprendido que una nunca debe quedarse en la zona de confort. Hay que estar dispuesta a escuchar sugerencias, reinventarse y desaprender para seguir creciendo. También he comprendido que muchos profesores de media podrían mejorar su cercanía con el estudiantado. No se trata de ser amigos, sino de generar confianza para que el estudiante se atreva a preguntar sin miedo.

Recuerdo mi primera práctica en el Colegio San Agustín, en Concepción. Mi profesor guía era excelente y utilizaba muchos recursos visuales: presentaciones animadas, ejemplos contextualizados y estrategias para captar la atención. Eso me marcó y lo incorporé a mis propias clases.

También aprendí la importancia de la expresión y la voz, porque al principio casi no se me escuchaba. Tuve experiencias difíciles, como sentirme perseguida por directivos en una de mis prácticas, llegué a decirles que me hacían sentir que no servía para esto, y que sin embargo, enseñar era lo que más me gustaba. Fue un momento duro, pero me ayudó a fortalecerme. A veces el entorno no es el ideal, pero hay que seguir adelante y usar esas experiencias para mejorar. Hoy puedo decir que cada desafío ha valido la pena. Enseñar es una labor que transforma, a estudiantes, y a una misma. Me siento afortunada de poder dedicar mi vida a esta vocación.



Relato: Micaela Araya y Nardy Torrez
Ilustración: Micaela Araya Casanga

Capítulo 6

UN PROFESOR DE VERDAD

Juan Sandoval, Felipe Campos, Gonzalo Valdebenito y Fernando Flores

Al llegar mi adolescencia y mis últimos años de escuela; yo, Juan Soto, me encontraba con un desafío enfrente, ese que todos temen y a todos les toca... elegir el futuro.

Al comenzar esta etapa pensaba que mi mejor opción sería estudiar medicina o alguna carrera similar. Como suele ocurrir en cuarto medio, avanzaba hacia el final de la educación obligatoria sin tener claridad real sobre mis intereses. Aun así, me preparaba para la Prueba de Selección Universitaria (PSU), la instancia que mediría mis resultados y definiría mis opciones de ingreso a la educación superior. Para afrontar esa exigencia decidí inscribirme en un preuniversitario, convencido de que allí obtendría la preparación necesaria para rendir la prueba en las mejores condiciones.

Fue en este proceso que pude tomar contacto con un mundo que me era ajeno, dificultoso y desafiante, el mundo de las matemáticas. Durante mi vida, no me había sido fácil esta materia, pero en este periodo había algo que me cautivaba, y mi nueva afición me hizo alejarme del plan original

A la hora de decidir qué carrera estudiar usé como guía un folleto que un compañero me facilitó donde se mostraban las mallas y características de distintas carreras. Observé diversas ingenierías y pedagogías. Llegué a la descripción de Pedagogía en Matemáticas, y sentí que mi futuro ya estaba sellado, que debía dedicarme a aprender y enseñar esa magia que me cautivó, este sería mi gran desafío.

Fue así como entré a la Pedagogía en Matemáticas en la Universidad del Bío Bío. Para el año 2009 ya había completado mis estudios y en los tiempos posteriores trabajé como profesor en la enseñanza media, enseñanza superior y continué mis estudios con un Posgrado en Educación Superior.

Durante esos años, mi desafío fue enseñar de manera clara las operaciones matemáticas y entender a las y los alumnos y sus necesidades. Esto no fue sencillo. Mi principal habilidad no era la pedagogía, no tenía un gran interés al comienzo, pues en mis años de estudio muchos de mis profesores eran doctores de matemática. Ellos me brindaron una buena base y mi propia experiencia me permitió formar un camino de perfeccionamiento en la enseñanza del profesorado, pero llegado a ese punto surgió un nuevo conflicto.

Por requerimientos del establecimiento en el que trabajaba me solicitaron asumir cursos en un nivel para el cual no tenía formación: educación básica. Así terminé a cargo de quinto y sexto año en Sydney College, un tramo que quedaba fuera de mi experiencia y de la preparación disciplinar que había desarrollado para enseñar desde séptimo hacia arriba. Aun así, acepté. No solo implicó dictar clases en un nivel desconocido; significó enfrentar la necesidad de comprender cómo piensan y aprenden niños más pequeños, revisar mis propias certezas y abandonar la comodidad de mis enfoques centrados en fórmulas y procedimientos. Tuve que traducir mis saberes a un lenguaje que conectara con el juego, la curiosidad y la imaginación, en un contexto donde yo mismo estaba aprendiendo a mirar el aula desde otra perspectiva.

Unas de mis estrategias para lograr este objetivo fueron el uso de materiales concretos, experiencias de juego, hacer que se movieran, que dibujaran y pintaran. En el caso del conteo, me enfoqué en que no repitieran números sino que contaran elementos reales y tangibles.

Como podría esperarse, a veces los métodos no daban los resultados esperados y en esos casos el plan fue entender el contexto, la historia del estudiante y lo que siente. Las variadas realidades en el aula nos hacen personas diferentes y si somos diferentes, aprendemos distinto también.

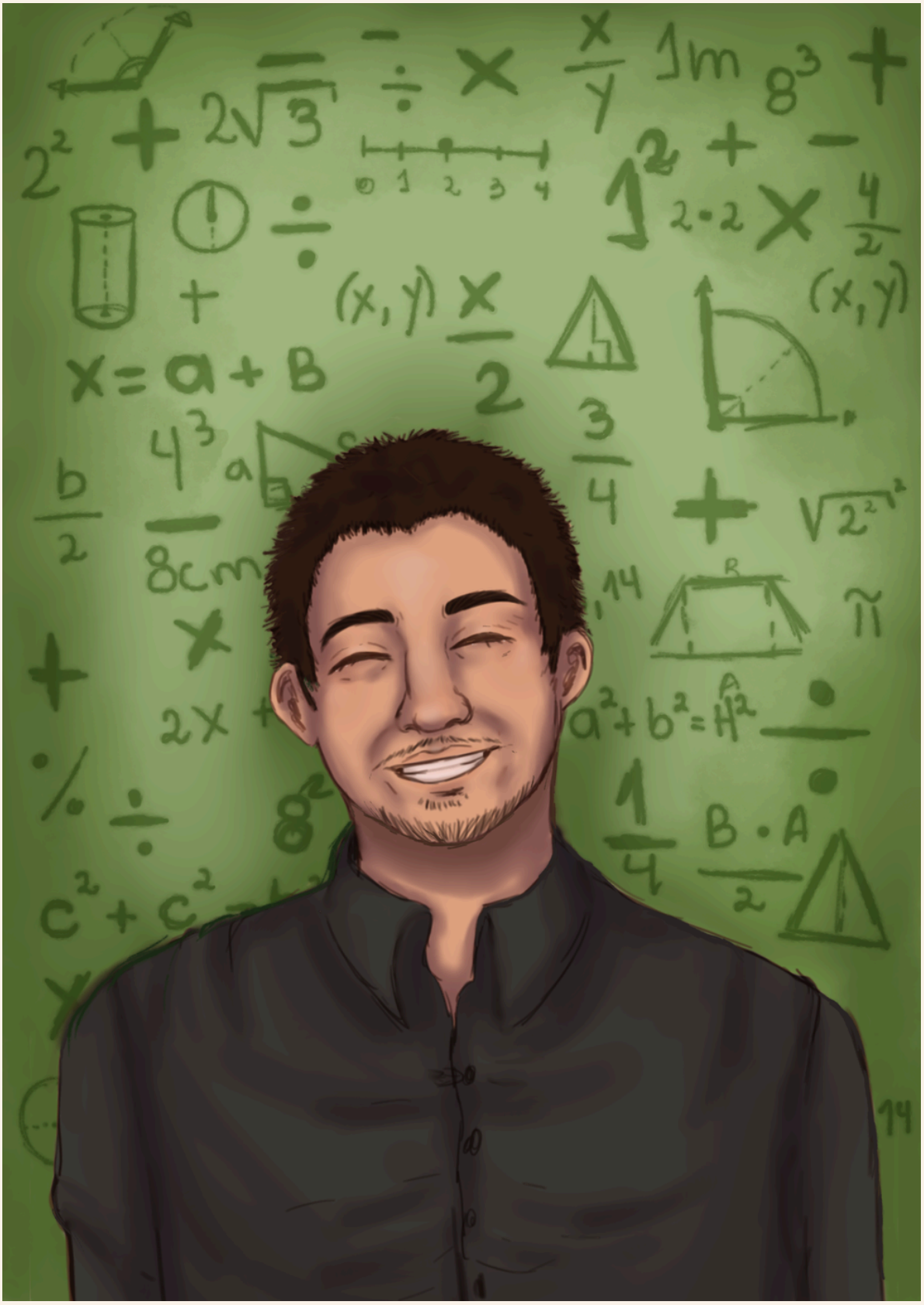
Una de las experiencias más significativas ocurrió con un estudiante catalogado como “problemático”. Ya trabajando en educación básica, decidí acercarme a él con el único propósito de comprender las razones de su

conducta y de su bajo rendimiento. En ese proceso descubrí que mi desafío no era solo enseñarle matemáticas, sino abandonar mi enfoque exclusivamente disciplinar y entrar en el mundo cotidiano de mis estudiantes. La situación no tuvo un giro extraordinario: no transformé al alumno en un estudiante ejemplar. Lo que sí logré fue despertar en él interés por aprender y, sobre todo, contribuir a que dejara de cargar con un estigma que lo reducía a una etiqueta. Según mi visión los estigmas deben ser evitables a toda costa ya que son "*profecías autocumplidas*" si a un niño le dices que es problema, generará problemas; si dices que no sabe, tendrá malas notas y así sucesivamente.

Otra experiencia similar ocurrió con un niño cuya familia, incluso en su presencia, apocaba sus capacidades y lo trataba como incapaz de aprender. Ese trato violento lo volvió retraído y distante, tanto del conocimiento como de las personas. Como suele ocurrir en la práctica real -y no en las películas- el proceso tomó meses. El avance no fue espectacular, pero sí significativo, este estudiante logró abrirse a la posibilidad de aprender. Ese progreso fue suyo, no mío.

Algo parecido enfrenté con una alumna cuyo estado emocional y circunstancias sociales que la rodeaban, afectaba su desempeño. Con tiempo, trabajo sostenido y apoyo institucional, pudo avanzar y recuperar confianza en sí misma. Mi rol fue acompañar, porque el proceso dependía solo de ella, de su propia capacidad para enfrentar lo que estaba viviendo.

Comencé a trabajar en una universidad en 2016 y desde 2020 formo parte de la planta académica, ya no voy a la escuela, pero sigo comprometido con las matemáticas y con su enseñanza. Si puedo extraer una conclusión de mi trayectoria es esta: el trabajo docente exige mantener la capacidad de explorar, experimentar y observar cómo aprenden los estudiantes. No se trata de dejar *huellas heroicas* ni de aspirar a transformaciones extraordinarias. Se trata de intervenir con rigor, constancia y sentido pedagógico en contextos reales. Ahí es donde la enseñanza ocurre y te conviertes en un profesor de verdad, cuando los estudiantes pueden desarrollar interés genuino por la disciplina.



Relato:
Juan Sandoval, Felipe Campos, Gonzalo Valdebenito y Fernando Flores
Ilustración: Valentina Rodríguez

Capítulo 7

REINVENTARSE PARA ENSEÑAR

Loreto y Antonella

Mi nombre es Silvia Quevedo. Cuando era chica tenía claro que quería ser profesora, así que mi plan era estudiar Pedagogía en Básica. También me llamaba la atención la música: pasé por la flauta, después pensé en guitarra... pero ahí quedó, porque nunca logré tocarla. En algún punto miré Pedagogía en Inglés, pero tanta lectura me intimidó. Y así, casi sin darme cuenta, las matemáticas me atraparon.

En octavo básico la inspectora general me hizo clases de geometría, luego cuando pase a primero medio comenzamos con álgebra y ahí tenía a mi profesor “el pelado Marcelo”, como le decíamos nosotros y ahí comenzó a vincular todo, las matemáticas, álgebra y la geometría y fue como ¡wow! Mi cabeza explotó, esto es lo que a mí me gusta, esto es lo que quiero enseñar...

Después vino la parte menos glamorosa: demoré casi ocho años en terminar la carrera de Pedagogía en Matemática para Educación Media. Me costó, pero aprendí a ser paciente y porfiada. Por eso siempre les digo a mis estudiantes que nada llega de inmediato; lo que vale la pena toma tiempo.

Trabajé varios años en enseñanza media, sobre todo desde séptimo hacia arriba. Esa era mi zona cómoda. Pero cuando llegué a Concepción —ciudad donde ya llevo diez años— entré al Colegio Bautista y me ofrecieron hacerme cargo de quinto a octavo. Y ahí cambió el panorama. El salto desde una profesora generalista a varios docentes por asignatura es brusco para niños de 10 u 11 años, y uno tiene que aprender a aterrizar con ellos.

Llevo una década como profesora y he enfrentado cursos de todos los tamaños. Hoy tengo 45 estudiantes en sala, y créeme que eso es un deporte extremo. Manejar personalidades, ritmos y estilos de aprendizaje es más complejo que resolver ecuaciones cuadráticas. La paciencia y la flexibilidad dejaron de ser virtudes: pasaron a ser herramientas de supervivencia.

Y algo tengo claro: con ningún estudiante hay que rendirse. Si un método no funciona, lo cambio. Uso colores, juegos, ejemplos cotidianos y hasta dinámicas como “saltar para multiplicar”. Lo importante es mantenerlos dentro del juego.

A veces me sorprenden. Tuve una alumna que no estaba convencida de las matemáticas, pero sí de que quería aprender. Hoy es asistente de educación básica, trabaja en un colegio cerca de mi casa y cuando nos vemos nos saludamos como colegas. Se dejan huellas, aunque uno no se dé cuenta en el momento.

Leonor es otro ejemplo. Le costaban muchísimo las ecuaciones. Diseñé una evaluación solo de ese contenido, desarmé los objetivos y se sacó un 7. Cuando le entregué la prueba, me preguntó: “¿Profe, es mía?”. Yo le dije que sí, y su cara lo dijo todo. Días después me trajo un dibujo mío enseñándole. Lo guardo hasta hoy. No porque sea sentimental, sino porque me recuerda que un gesto, una pequeña acción puede marcar a un estudiante.

También me pasa que mis exalumnos ya están casados, trabajando o con hijos, y todavía me saludan con afecto. Las marcas quedan, aunque uno no esté tratando de cambiar vidas. A veces basta con explicar bien, hacer un chiste a tiempo o usar un ejemplo de fútbol o de la última canción de moda para conectar con ellos... aunque con la música actual a veces me pregunto: “¿Qué es esa cuestión? ¿Un tiburón con zapatillas?”.

Amo mi profesión. Si hoy tuviera que elegir otra carrera, no lo haría. Pero tampoco me engaño: la sala de clases exige un ritmo duro y no sé si podría sostenerlo hasta jubilarme. Las generaciones cambian rápido, y pretender que vuelvan a ser como antes es una ilusión. Hay que saber cuándo dar paso a otros, pero por ahora sigo disfrutando cada día.

Soy de la vieja escuela: plumón, pizarra y ejercicios. Pero también uso materiales concretos. Con la división, tuve que cambiar completamente mi estrategia. Me di cuenta de que los quintos no entendían el método tradicional, así que recurrí a mi coordinadora y buscamos otra alternativa.

Usamos cajitas con porotos, lentejas o tapitas; cada niño llevó lo que pudo. Así, repartiendo los objetos, comprendieron que dividir es simplemente repartir.

A veces siento que la metodología no me resulta, y ahí paro y les digo: “Ya, chicos, hasta aquí no más llegamos; la otra clase lo vemos de otra forma”. Por ejemplo, con los quintos me pasó que no entendían la división. Les costaba muchísimo. Yo les enseñaba con las tablas, con las restas, con dibujitos... nada. Entonces le dije a mi jefa: “No puedo enseñarles a dividir, ¿Como lo hago?”. Y ella me dijo: “Enséñales con una cajita”.

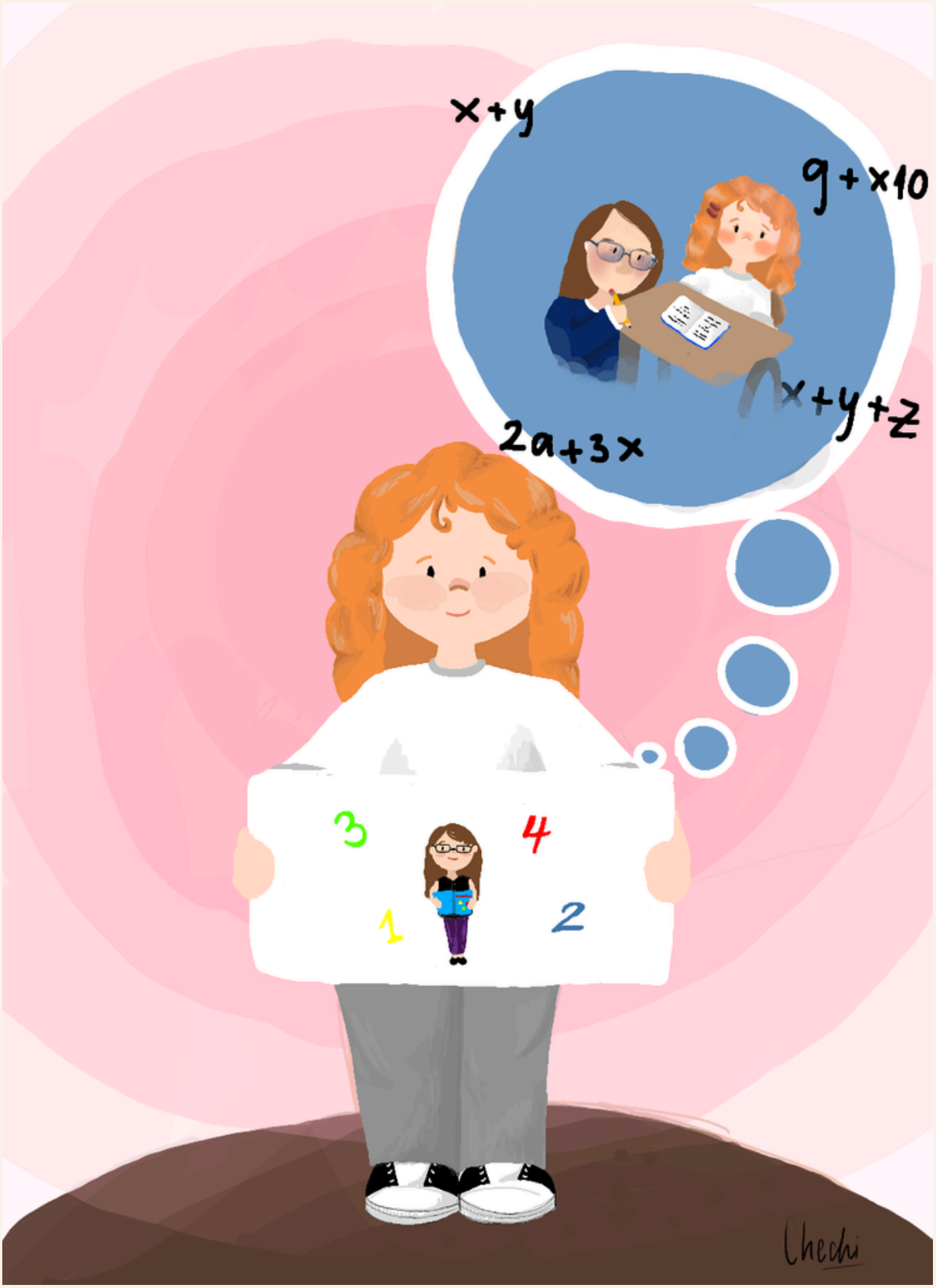
Entonces hicimos cajitas con 10 espacios y colocamos porotitos. Les dije: “Ya, si tenemos 18 porotitos y tres cajitas, hay que repartirlos”. Y ahí entendieron que dividir es repartir. Después hicimos con más números y fue funcionando. Tuve que bajar el nivel, cambiar la forma, pero resultó.

Eso también me enseñó que no se puede trabajar sola. A veces hay que recurrir a los jefes, a los colegas, observar las clases de otros o dejar que te observen a ti.

Antes, los profesores eran muy cerrados, egoístas ya que no compartían estrategias, cada uno guardaba sus trucos como si fueran secretos militares. Ahora, con las redes sociales, los equipos de trabajo y las profesores diferenciales, hay más colaboración. Si algo no resulta, pregunto. Si necesito ayuda, la pido. Si me frustro, me apoyo en mis colegas. Una empieza como pollito, se equivoca mil veces y está bien. Así se aprende.

Enseñar no es una tarea individual. Es un trabajo que se construye en conjunto. Y cuando ese engranaje funciona, las matemáticas—y cualquier disciplina—se vuelven un espacio donde los estudiantes realmente pueden aprender.

.



Relato : Antonella Loreto
Ilustración: Micaela Araya Casanga

Capítulo 8

LA ECUACIÓN DE MI VIDA

Camila, Laura, María, Dámaris y Moisés

Mi nombre es Rodrigo Medina, desde pequeño sentía una atracción por las matemáticas; cada vez que alguien tenía una duda, yo quería ayudar. Si bien no era considerado el mejor de mi clase, se me hacía bastante fácil el entenderlas y eso me impulsaba a poder enseñarla. Cada vez que algún compañero, primo o amigo mostraba alguna duda, estaba más que dispuesto, no a resolver, pero sí a enseñar. Es ahí donde disfrutaba este desafío de aprendizaje: la capacidad de entregar conocimiento.

Soy oriundo de Chillán, egresé de la Universidad del Bío-Bío. A pesar de que mi especialización fue en enseñanza media, en mis once años de docencia también me ha tocado impartir clases en cursos de la enseñanza básica, específicamente con estudiantes de quinto a octavo básico. Este cambio se debió principalmente por la estrategia de dominio de currículum utilizada en el colegio de San Nicolás, lugar donde me desempeñé como profesor de matemática.

La idea era innovadora; utilizar a profesores de enseñanza media en sus cursos de básica para entregar una enseñanza más especializada.

Algunos de mis colegas debieron trabajar y adaptarse a los desafíos de trabajar con niños de cuarto básico, mientras que a mí me correspondió preparar e impartir clases desde sexto básico a cuarto medio, lo cual amplió y me permitió comprender desde otra perspectiva la educación y el cómo adaptarme a distintos cursos.

El dar clases a cursos de enseñanza básica fue un nuevo desafío para mi vida profesional, estaba acostumbrado a otro nivel de madurez y metodologías.

Pienso además que el nivel psicoemocional de un estudiante de enseñanza media es un poco más avanzado que el de básica. Los estudiantes de esos

cursos son generalmente más serios, un poco más lejanos a los profesores,; están en la etapa en la que están entrando en su adolescencia y, por consiguiente, en la “onda” de descubrir quiénes son, qué lugar ocupan en este mundo, y centrados en su propia persona, buscando una identidad. Se pasan la mayor parte del tiempo pegados a sus celulares, hablando de pololeos, de algún compañero o compañera que les gusta. Pero también siendo más conscientes de los conflictos que pueden enfrentar sus familias.

En cambio, las y los estudiantes con los que trabajo en enseñanza básica siguen siendo, justamente, niños. En cuanto llego a la sala de clases, ellos corren a abrazarme, contentos con mi llegada. Suelen ser estudiantes más obedientes, más infantiles en sus conversaciones, y también más regalones de nosotros los profesores, los cuales estamos con ellos la mayor parte del tiempo. Y aunque supuso un desafío tener que adaptar mi forma de enseñanza para estos cursos más pequeños, también sentí una gratificación en ello. El sentirme apreciado por los estudiantes me impulsó aún más a actuar como el docente que ellos necesitaban, asistir a realizar mis clases con el interés de que ellos adquirieran el conocimiento, de que entendieran la materia y, más que nada, le perdieran el miedo a las matemáticas, sacando de la cabeza las ideas de que eran difíciles y solo para inteligentes.

Al momento de iniciar un contenido, siempre contextualizo al inicio de la clase. Revisamos el objetivo y como uno lo aplica en la vida cotidiana. Les muestro videos, hay algunos muy novedosos en internet que se pueden ocupar, lo mismo pasa con trivias y juegos. Por ejemplo utilizar Kahoot. Los chicos y chicas de educación media se emocionan bastante con esas cosas de los juegos, aunque por temas de tiempo y tener que alcanzar la cobertura curricular es un poco difícil. Pero son momentos en que ellos adquieren habilidades y eso es lo que importa. En cambio en básica no está el tema de los celulares, entonces jugar requiere más trabajo, es más complicado, pero en los dos casos son efectivos para lograr el aprendizaje.

También es bueno consultar con otros profesores cómo abordan algún contenido. Si las notas están muy deficientes, buscar otra solución, dando siempre la idea de que ellos aprendan y ver más allá de la nota punitiva en sí.

Cuando dejé de trabajar en el colegio ubicado en San Nicolás, le comenté a los estudiantes que me iba, y su manera de demostrar cómo se sentían con esa noticia fue a través del llanto, lo cual también provoca emociones en uno como docente, porque generas un lazo de amistad.

Cuando uno decide escoger esta profesión tiene que saber que no es solo un trabajo que se realiza. Un docente deja de ser profesor al entrar a un salón de clases y se transforma en un amigo de los niños. Ellos nos cuentan sus confidencias, somos un psicólogo que escucha los problemas de cada estudiante, el papá que debe entregar el cariño que no están recibiendo en sus casas. Ser profesor va mucho más allá de entregar contenido curricular a un alumno; es estar con ellos para lo que sea que necesiten; suplir necesidades que, a veces, no tienen nada que ver con nuestra pega.

Para lograr eso, se debe en primer lugar amar la docencia. Cada vez que veo a un alumno diciéndome “aprendí”, sobre todo si es un estudiante que no quería estudiar porque veía difícil entender los números o que no sabía para qué le serviría la matemática en la vida, siento una gratificación enorme, puesto que logré mi objetivo mayor como profesor.

Aunque ha sido un largo camino convertirme en profesor no es algo de lo que me arrepienta, ya que uno más allá de lo académico siempre está recibiendo afecto por parte de los alumnos. Los motivo a no decaer, ni perder el entusiasmo tanto en nuestros años de preparación como en el momento en que ya seamos docentes.

Para ser profesor, se tiene que amar la profesión .No es fácil, y habrá momentos, como les decía, en que las cosas se pondrán difíciles; puede que sea el colegio en que uno se encuentre trabajando, o un curso que sea particularmente complicado, o problemas con apoderados que no son realmente un apoyo. Pero instó a que esos momentos no sean un quiebre en nuestro deseo de ser profesores. A pesar de los momentos malos, también existen buenos. Y lo importante es buscarlos, aferrarse a ellos, y hacer lo que haga falta para continuar y convertirse en un docente como el que cualquier alumno necesita y merece tener.



Relato:

Camila Muñoz, Laura Gutiérrez, María Collinao,

Dámaris Toledo y Moisés Vásquez

Ilustración: Valentina Rodríguez

Capítulo 9

UN UKELELE Y UNA CANCIÓN

Génesis y Sebastián

Cuando llegué al colegio, lo hice con una mezcla de necesidad y esperanza. Necesitaba trabajar, necesitaba sentir que avanzaba, que estaba construyendo algo. Me ofrecieron algunas horas entre talleres y enseñanza media. No era mucho, no era un horario completo, pero para mí significó un respiro. Un “aquí tienes un espacio”. Y me aferré a eso. Cada día, mientras caminaba hacia la sala, me repetía que iba a dar lo mejor que tenía, aunque a veces me sintiera abrumada o insegura. Uno de los desafíos más grandes fue enfrentarme a estudiantes que no siempre tenían autocontrol o que simplemente no mostraban respeto.

Había días en que sentía que estaba apagando incendios, uno tras otro. Resolver problemas, contener emociones ajenas, manejar impulsos... y aun así tratar de mantener la calma.

Me quedaba pensando en ellos después de clases, preguntándome si habría otra forma de llegarles o de comprender lo que estaba detrás de su comportamiento. A eso se sumaba la falta de tiempo: clases, tareas, preparar material en casa, intentar no quedarme atrás. A veces me sentía agotada, como si el reloj siempre corriera más rápido que yo. No era algo imposible, pero sí algo que me exigía emocionalmente, más de lo que imaginé al principio.

A pesar de todo, buscaba que mis clases tuvieran un toque especial. Algo que los niños recordaran, algo que los hiciera sonreír. Por eso comencé a cantar con mi ukelele desde el primer momento del día. Ese gesto tan simple cambiaba el ambiente por completo. Les cantaba “buenos días”... escucharlos cómo respondían cantando también me llenaba de una alegría muy sincera.
En esos momentos sentía que la sala se transformaba en un espacio seguro, cálido, como si todos estuviéramos en sintonía. Era un respiro, una pausa donde existía solo lo bonito... Pero en realidad, no todas las mañanas eran así.

Había días difíciles. Días en los que algunos niños no querían escuchar, no querían hacer nada, no querían participar. Y ahí tenía que ponerme firme, aunque por dentro a veces me doliera tener que hacerlo.

Había momentos en los que, incluso con el ukelele en las manos, se desordenaban más, como si la música los excitara en vez de calmarlos... Eso me frustraba. Yo quería que la clase fuera un espacio de alegría, pero también necesitaba que aprendieran, que avanzáramos. Quería que aprovecharan ese tiempo, que crecieran.

Tuve que aprender a motivarlos, a respirar hondo antes de pedir silencio, a encontrar ese equilibrio tan frágil entre el juego y la disciplina.

Hay una experiencia que siempre vuelve a mi memoria. Una alumna que se aislaba del aprendizaje, que pasaba las clases maquillándose, totalmente desconectada de la realidad de la sala. A mí me preocupaba, pero sentía que no sabía bien cómo llegar a ella. Hasta que un día su apoderada llegó enojada, creyendo que yo la perseguía.

Recibir esa acusación me golpeó fuerte. Sentí una mezcla de injusticia, tristeza y rabia. Yo solo quería ayudarla. Por eso decidí hablar con ambas. Le expliqué a la madre que no estaba sola en esto, que no era la única alumna a la que hacía observaciones, que lo hacía porque me importaba su aprendizaje. Luego hablé con la niña. Le pedí que me dijera cómo se sentía, qué pasaba realmente. Y verla abrirse, admitir que se distraía, que se maquillaba para evadir... fue un momento muy humano.

La vi mirarse a sí misma con honestidad por primera vez. Fue un instante de revelación para ambas. Ella sabía que debía cambiar y lo hizo. Dejó el maquillaje para después, comenzó a participar, a escuchar, a esforzarse. Sus notas mejoraron porque su actitud se transformó, fue algo que me emocionó mucho. Después incluso venía a abrazarme, a contarme cosas de su vida... como si esa conversación hubiera creado un lazo nuevo entre nosotras. Esa experiencia me hizo sentir que mi labor tenía sentido, que podía “transformar vidas”, como solían decir los maestros en la universidad.

Otro de los momentos más especiales que viví fue enseñando versículos cantados. En un curso trabajamos el versículo del fruto del Espíritu, y lo cantábamos una y otra vez. Yo disfrutaba tanto verlos cantar. Una mañana un compañero de trabajo me contó que en una prueba, los estudiantes no recordaban el contenido… hasta que uno gritó: "¡La canción del ukelele de la profe!", y todos los niños y niñas empezaron a tararearla. Escuchar esa historia me hizo sentir orgullo, en realidad casi me hizo llorar. Pensé: "Sí… esto funciona, esto llega".

Si pudiera dar un consejo a otro profesor, sería que no se enfoque solo en la materia. Los niños siguen siendo niños. Necesitan reír, moverse, cantar, jugar. A veces, cuando se portaban bien, yo jugaba con ellos. Desde "caras de jefes" hasta adivinar películas en grupo. Eran momentos que nos unían, que rompían la rutina. También incorporaba pausas activas, porque después de dos o tres horas de clases, todos —incluyéndome— necesitábamos respirar otra vez.

Tengo un cariño especial por el primero básico del año pasado. Era un curso participativo, alegre, espontáneo. Su energía llenaba la sala. Cantaban conmigo sin miedo y hacían que la clase se sintiera viva.

Este año también he tenido grupos que han dejado huellas bonitas en mí. Incluso en la enseñanza media, algunos me decían: "Profe, hago las actividades solo para ganarme un sticker de dinosaurio". Y aunque suene simple, esos pequeños gestos transformaban el ambiente. Me recordaban que, a veces, lo más pequeño es lo que más llega al corazón.

Enseñar, para mí, ha sido un camino lleno de emociones. Claro, hubo desafíos complejos, momentos que me hicieron dudar, otros que me hicieron reír, situaciones que me enseñaron a tener paciencia, compasión y resiliencia. Cada día frente a mis estudiantes ha sido una oportunidad para crecer como profesora y como persona. Cada abrazo, cada sonrisa, cada canción cantada en conjunto y con el acompañamiento de mi ukelele me confirma que estoy exactamente donde debo estar.



Relato : Génisis Muñoz y Sebastián Rodríguez
Ilustración: Micaela Araya Casanga

Capítulo 10

EL PROFESOR QUE SUMABA CON CALMA

Shlomic, Andrea y Raquel

Francisco, un joven de 28 años con una sonrisa amplia y un espíritu inquieto, siempre había soñado con ser profesor de educación física. Desde niño, el movimiento lo apasionaba: el sonido de un balón rebotando, las risas de un equipo jugando, la energía de correr al aire libre. Pero la vida, como suele hacer, le puso un obstáculo en el camino. Cuando llegó el momento de elegir su carrera, se enfrentó a una realidad dura: las vacantes para pedagogía en educación física eran escasas, y la competencia, abrumadora.

Francisco, práctico y decidido, no se dejó vencer. Miró dentro de sí mismo y encontró otra fortaleza: los números. Las matemáticas siempre le habían resultado naturales, como un idioma que hablaba sin esfuerzo. Así que, con una mezcla de resignación y esperanza, se matriculó en Pedagogía en Matemáticas, confiando en que, de alguna manera, podría seguir enseñando con pasión.

Los primeros años como profesor fueron un desafío que Francisco abrazó con entusiasmo. Enseñaba a estudiantes de educación media, adolescentes que a veces lo ponían a prueba, pero con los que lograba conectar a través de los números. Explicaba ecuaciones con claridad, usaba ejemplos prácticos y siempre encontraba la manera de hacer que las matemáticas parecieran menos intimidantes.

Sin embargo, todo cambió un día, cuando la directora de una escuela básica lo llamó. "*Francisco, necesitamos un profesor para tercero y cuarto básico. Sé que no es lo mismo, pero creo que tú podrías marcar la diferencia aquí*", le dijo.

Enseñar a niños pequeños era un terreno desconocido, y además, la misión venía con una presión extra: preparar a los estudiantes para la prueba SIMCE, un examen estandarizado que generaba ansiedad en toda la comunidad escolar.

Pero Francisco, con su alma de deportista, sabía que los retos no se evaden. Aceptó el cargo y se lanzó a la aventura. Al principio, todo iba bien. Francisco adaptó sus métodos, creó rutinas estructuradas y logró conectarse con sus nuevos alumnos. Tercero y cuarto básico eran pura energía, algunos curiosos, otros tímidos, todos motivados por aprender. Pero a medida que pasaban las semanas, algo comenzó a cambiar. La palabra “SIMCE” empezó a aparecer en cada conversación, y con ella, una sombra de estrés que oscurecía todo.

Sus estudiantes, que antes eran muy participativos ahora parecían apagados. Camila ya no levantaba la mano para responder primero; Matías, comenzó a decir que no entendía nada y que no quería ser el que bajara el puntaje del curso. El golpe final llegó cuando Sofía, una de las mejores estudiantes, se puso a llorar porque la nota que tenía era menos de la que esperaba. Francisco sintió frustración. Amaba enseñar, pero ¿qué sentido tenía si sus alumnos estaban sufriendo? Se cuestiono… “¿Y si no estoy hecho para enseñar a niños pequeños?, ¿Quizá debía volver a la educación media… o incluso dejar la docencia por completo?

Recordó que de niño quería ser profesor de educación física y que años atrás había hecho un curso para instructor de yoga. De pronto, unió los puntos… En su siguiente clase le dijo a las y los estudiantes: “Hoy vamos a aprender de una manera diferente”… Comenzó con ejercicios simples de respiración, estiramientos suaves, pequeños juegos que ayudaban a relajar el cuerpo y la mente. Los estudiantes se reían y preguntaban, Francisco les explicaba: “Para aprender bien, primero hay que estar tranquilo”.

El cambio incluyó nuevas metodologías. En lugar de largas explicaciones en la pizarra, usó juegos: los niños sumaban puntos como si estuvieran en un partido de fútbol, resolvían problemas en equipos, dibujaban fracciones con tizas de colores.

Cuando llegó el SIMCE, no había nervios, sino calma. Los niños rindieron seguros y los resultados fueron excelentes. La lección fue que los mejores profesores no son los que enseñan una asignatura, sino los que logran que sus alumnos aprendan con alegría, confianza y ganas de seguir creciendo.



Relato : Shlomic Ackermann, Andrea Andahua y Raquel Onorio
Ilustración: Valentina Rodríguez

Capítulo 11

UNA PROFESORA Y UN DESAFÍO

Ayleen, Cintya, Constanza B. y Constanza I.

Mi nombre es Nono, soy profesora licenciada en Educación Matemática. Mi interés por la pedagogía y las matemáticas nació cuando aún era alumna de enseñanza media. A decir verdad, en esos tiempos no me sentía muy encantada por los números, pero mi profesora de matemáticas quien era una mujer muy motivadora, me inspiró profundamente para tomar la decisión de estudiar esa carrera. Mi formación universitaria inicial está dirigida a realizar clases en enseñanza media e incluso clases de niveles universitarios, pero a pesar de ello, un desafío muy grande surgió en el camino: dictar clases en enseñanza básica.

Al principio fue irónicamente difícil. En la universidad nunca se me preparó para explicar contenidos tan sencillos como sumar, restar o multiplicar con dos dígitos, pero son materias que para las mentes de los pequeños no es fácil de comprender. Quizá pueda parecer un problema menor, pero implicó muchas transformaciones y dedicación. Tuve que cambiar mis enfoques, prestar atención no solo al repaso de contenidos sino que también a las necesidades emocionales de los niños y niñas dentro de la sala de clases, donde al final, el aula se convierte en un sistema solar compuesto por 30 o 40 mundos diferentes que debemos cuidar y proteger de formas distintas.

Como docente, me di cuenta que uno de mis deberes consistía en brindar contención emocional a mis pequeños y pequeñas estudiantes, darles cariño y convertirme en una apoyo para ellos. Gracias a eso, muchos de estos pequeños ya crecidos, recuerdan con mucho amor y gratitud todos los momentos que vivimos juntos dentro y fuera de aquel universo.

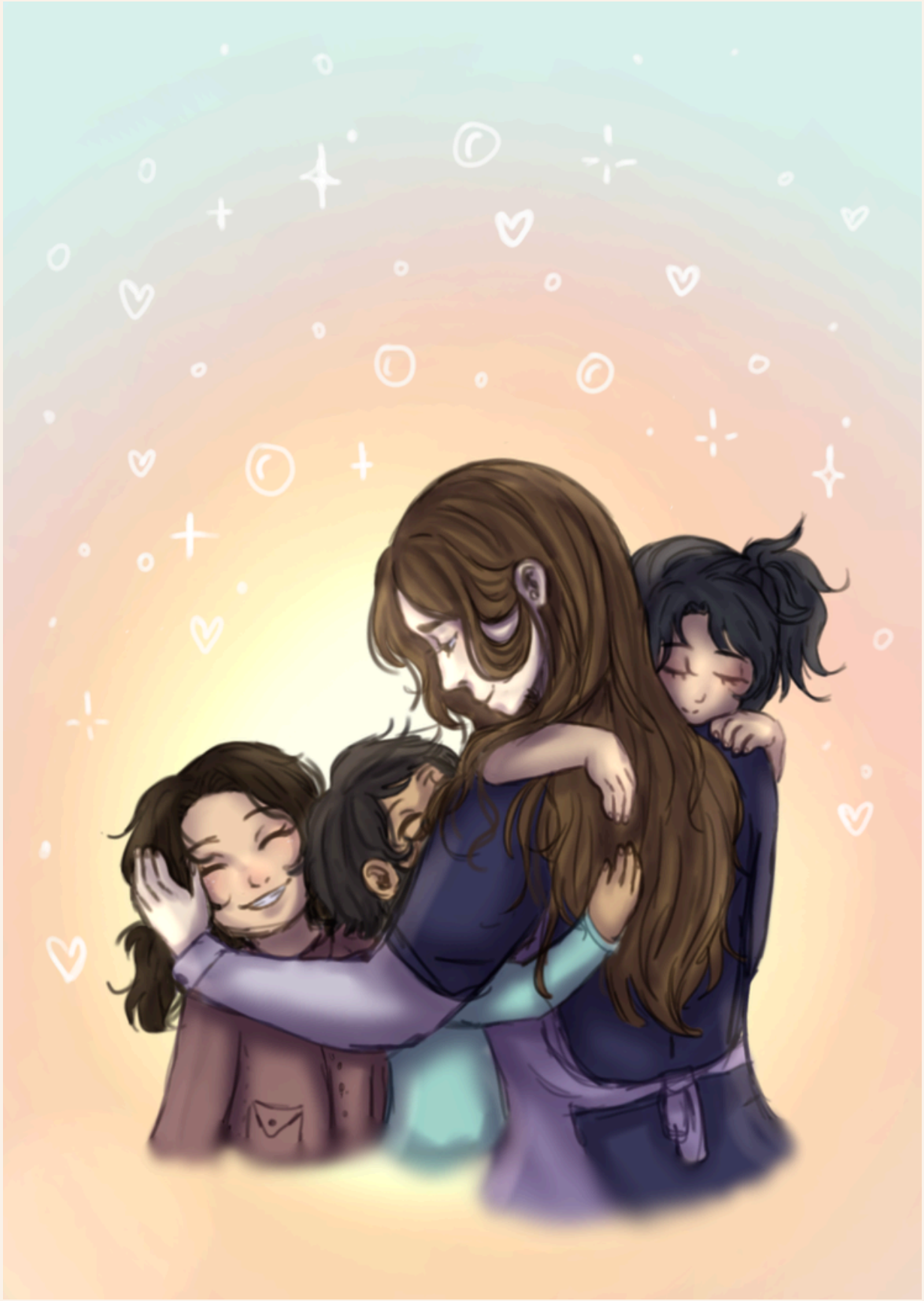
Todo esto tuvo significado por la preocupación y atención que pude brindarles, incluso “puesto por puesto”, que era la forma de entregarles apoyo personalizado para asegurar el aprendizaje, además de estrategias llamativas para captar siempre sus miradas y curiosidad.

He valorado mucho a las profesoras diferenciales dentro del aula, que se volvieron complemento perfecto para atender cada necesidad educativa que suele presentarse. Tengo una conexión especial con quienes están en el espectro autista, es algo profundo, gracias a mi experiencia personal como madre y profesora con esta condición. Esto me hace ser empática a la hora de planificar y estructurar mis clases, haciéndolas visuales y claras para aquellos que necesitan un acompañamiento constante.

Para mí, la prioridad siempre será que mis estudiantes aprendan bien, que el conocimiento sea significativo y duradero, porque más allá de la cantidad valoro la calidad y la calma por sobre la prisa. Y cuando los niños, tan honestos, me dicen que me extrañan cuando no estoy, o cuando me confiesan que conmigo aprendieron a amar las matemáticas, una materia que quizás antes les resultaba difícil, ahí, en esos momentos de pura conexión, siento una emoción inmensa. Siento que cada esfuerzo, cada noche de planificación, cada desafío superado en el aula, todo, absolutamente todo, ha valido la pena con creces. Eso es lo que cada día me motiva a ser profesora y confirmó mi vocación.

Me gustaría que aprendieran que en esta profesión nunca se termina de aprender, y en el día a día, junto los niños se viven momentos que enseñan más de lo que se imagina. Tienen que anteponerse a algunas cosas, estar preparados para lo inesperado, porque en el aula todo puede pasar. Siempre asistan preparados a su clase, cuando no te preparas, comienzas a improvisar y desesperarte, y el curso lo percibe, se inquieta, el ambiente cambia. Pero, si tienes planificado y ordenado, la clase va a fluir de la manera que tú quieres, y eso se siente, se agradece y se disfruta.

También es importante que acepten los comentarios de otros profesores, de los que llevan más tiempo y de los más jóvenes. No lleguen a un colegio con la actitud de “todo me lo sé”, porque no se nace sabiendo. A mí me gusta recordarle a los niños y niñas que ellos vienen aquí a aprender de nosotros, pero nosotros también aprendemos de ellos. Estoy segura de que, si ustedes se abren a esa experiencia con humildad, compromiso y cariño, también se van a amar esta labor, y van a comprender lo hermosa que es esta vocación.



Relato : Ayleen Ortíz, Cintya Almendras, Constanza Brito y Constanza Iturrieta

Ilustración: Valentina Rodríguez

Capítulo 12

MATEMÁTICAS QUE ROMPEN BARRERAS Y ABREN CAMINOS

SERGIO, CRISTOPHER y GABRIEL

Me presento, mi nombre es Belén. Siempre me he sentido una persona que ha estado en búsqueda del conocimiento y del aprendizaje como una forma de filosofía de vida, vinimos a este mundo a aprender.

Recuerdo que en la enseñanza media mi sueño era estudiar Psicología, sin embargo, mientras me preparaba para la PSU estudié demasiado matemáticas, pero no solo disfrutaba del estudio, sino también de ayudar a mis compañeros. Me di cuenta de que enseñar era un poco lo que quería hacer con mi vida.

Al momento de postular, sentí que si elegía psicología, iba a perder las aptitudes de matemática que había adquirido en esos años de preparación. Opté al final por Pedagogía en Matemáticas; sentía que podría aplicar la psicología junto a matemática, porque al fin y al cabo, la educación es multidisciplinaria. Me agradaba pensar que, a través de la enseñanza, podría intentar que los estudiantes logren el desarrollo del pensamiento lógico matemático en igualdad de condiciones y que no existan barreras impuestas.

Una vez titulada, me ofrecieron enseñar matemáticas en educación básica. Fue un desafío intenso, ya que los procesos de los estudiantes son distintos a los de los adolescentes, que era para quienes yo aprendí. Son muy motivados, muy inquietos, quieren participar y jugar en cada momento. En una ocasión, en un aniversario, se les indicó a los estudiantes que fueran disfrazados, y el noventa por ciento de niños se presentaron disfrazados. En cambio, en educación media pueden llegar dos o tres así. Con los más grandes la interacción es distinta, no quieren realizar muchas actividades ya que están en la edad de la adolescencia, la vergüenza por “desperfilarse” les gana.

Un desafío complejo en la enseñanza de la matemática es la negatividad de muchos estudiantes, quienes, en ocasiones, mencionan que no son buenos en la asignatura, incluso destacando que es un problema de generaciones. Sus apoderados rectificaron el mismo sentimiento, por lo cual un desafío complejo es contrarrestar el pensamiento negativo de los estudiantes.

Utilizar estrategias dinámicas para romper un poco las estructuras y rigidez de las clases es parte de los desafíos. Al inicio de las clases utilicé plataformas como Kahoot, resultando en una mayor conexión de parte de los alumnos en su enseñanza.

Recuerdo a un estudiante de cuarto medio, el cual no prestaba mucha atención. Al realizar entrevistas con él y su apoderado pude comprender su situación familiar y económica. Él quería ahorrar para ayudar a su familia y quedarse en el colegio era perder el tiempo. Su meta de vida era egresar de cuarto medio, conseguir licencia para conducir y empezar a trabajar. Como la asignatura de matemáticas en cuarto medio destaca la educación financiera, contratos, cotizaciones de sueldo y cálculo de liquidaciones, al explicar sobre el sueldo líquido, sueldo bruto y cómo se va calculando todas las cosas, provocó en él una mayor atención, estaba con una mayor disposición a trabajar y aprender

Después de la pandemia, tuvimos que buscar nuevas estrategias, dado que al realizar clases híbridas, había que adaptarse con muchas herramientas tecnológicas y conectar adecuadamente con los estudiantes. Al iniciar las clases busqué opciones en las que todos pudieran participar, por ejemplo, Kahoot y WordWall. Sin embargo, no todos los niveles, estudiantes ni niños son iguales.

En algunas ocasiones alguna estrategia o actividad funcionó bien en un curso, pero al año siguiente no funcionó nada. Es ahí donde hay que preguntarse cuál es el contexto de los estudiantes, qué es lo que no está funcionando, que es lo que está pasando. Son muchas las variables que influyen para saber si algo funcionará correctamente o tal vez no.

Cuando introduje los logaritmos en segundo medio, detecté que muchos se frustraban con los cálculos numéricos, por lo que organicé un “escape room” temático de logaritmos para realizar en grupos con el fin de aplicar conocimientos previos de logaritmos. En el CRA estaban los primeros ejercicios: al resolverlos, obtenían un mensaje cifrado que los llevaba al polideportivo; allí, descifraban problemas de logaritmos; al superar esa estación, encontraban un código numérico que los guiaba a la sala de profesores. Los niños terminaron muy contentos porque aplicaron lo visto en clases, pero demostrado de otra forma.

Uno como docente se percata cuando los estudiantes van aprendiendo y cuando se van motivando.

Miro las caras de los niños al generar una cara de sorpresa y de iluminación atal punto que dicen “¡Profe, ya entendí!” o también “¡Nunca me habían explicado esto de esta forma!” y empiezan a despertar como palomitas unos tras otros.

Además, muchos de mis ex estudiantes me hablan diciendo “¡Estoy viendo cálculo Profe!”. Hay algunos que han estudiado medicina, ingeniería, entre otras carreras.

Sentir que lo que uno ofrece es parte del proceso de construcción de proyectos de vida, motivándolos e insistiendo, es la versión de sentirse orgulloso.

Me siento bastante satisfecha con mi vida en general, estoy agradecida y contenta de ser “profe”, de poder influir en decisiones y, enparte, en el futuro de los estudiantes.



Relato : Sergio Ajata, Cristopher Bahamondes y Gabriel Borgoño
Ilustración: Valentina Rodríguez

Equipo editorial



FELIPE RETAMAL

Gestor del proyecto y compilador

Académico e investigador Facultad de Educación Universidad Adventista Chile. Profesor de matemática, magíster en educación y estudiante Doctorado en Inteligencia Artificial.



YASNA FERRADA

Editora general

Académica e investigadora Facultad de Educación Universidad Adventista Chile.. Periodista, magíster en historia y comunicación estratégic. Doctoranda en Educación.



CONSTANZA ITURRIETA

Editora y diagramadora

Estudiante de la Universidad Adventista de Chile, carrera de Pedagogía en Educación General Básica.

Ilustradoras

VALENTINA RODRÍGUEZ
Estudiante Pedagogía General Básica
Universidad Adventista de Chile
valentinarodriguez @alu.unach.cl

MICAELA ARAYA
Estudiante Pedagogía General Básica
Universidad Adventista de Chile
micaela.araya@alu.unach.cl

Redactores/as

Todos estudiantes de Pedagogía General Básica en la Universidad Adventista de Chile

MARIALIZ MEDINA
marializ.medina@alu.unach.cl

VALENTINA RODRÍGUEZ
valentinarodriguez@alu.unach.cl

CATALINA LARREA
catalina.larrea@alu.unach.cl

MARTÍN ORTIZ
martin.ortiz@alu.unach.cl

JUAN SANDOVAL
juan.sandoval@alu.unach.cl

LAURA GUTIÉRREZ
laura.gutierrez@alu.unach.cl

DÁMARIS TOLEDO
damaris.toledo@alu.unach.cl

GABRIEL BORGOÑO
gabriel.borgono@alu.unach.cl

SEBASTIÁN RODRÍGUEZ
sebastian.rodriguez@alu.unach.cl

SHLOMIC ACKERMANN
shlomic.ackermann@alu.unach.cl

ANDREA ANDAHUA
andrea.andahua@alu.unach.cl

DAVKA PAVEZ
davka.pavez@alu.unach.cl

AYLINE JARA
ayline.jara@alu.unach.cl

FLORENCIA MONTECINOS
florencia.montecinos@alu.unach.cl

MICAELA ARAYA
micaela.araya@alu.unach.cl

GONZALO VALDEBENITO
valentinarodriguez@alu.unach.cl

FERNANDO FLORES
fernando.flores@alu.unach.cl

MARÍA COLLINAO
maria.collinao@alu.unach.cl

CINTYA ALMENDRAS
vcintya.almendras@alu.unach.cl

CONSTANZA BRITO
constanza.brito@alu.unach.cl

CONSTANZA ITURRIETA
constanza.iturrieta@alu.unach.cl

CRISTOPHER BAHAMONDES
cristopher.bahamondes@alu.unach.cl

AUDA BUSTAMANTE
auda.bustamante@alu.unach.cl

KATHERINE CARRASCO
<katherine.carrasco@alu.unach.cl

MIGUEL TORREJÓN
miguel.torrejon@alu.unach.cl

VALENTINA CURIN
valentina.curin@alu.unach.cl

NARDY TORREZ
nardy.torrez@alu.unach.cl

CAMILA MUÑOZ
camila.munoz@alu.unach.cl

MOISÉS VÁSQUEZ
moises.vasquez@alu.unach.cl

RAQUEL ONORIO
raquelonorio@alu.unach.cl

GÉNISIS MUÑOZ
valentinarodriguez@alu.unach.cl

SERGIO AJATA
vsergio.ajata@alu.unach.cl@alu.unach.cl

AYLEEN ORTÍZ
aylinne.ortiz@alu.unach.cl



UNACH

UNIVERSIDAD ADVENTISTA
DE CHILE